

les las gracias necesarias para vivir en próspera y amistosa paz en este valle de lágrimas, teatro de los combates mas terribles. Subió al cielo el que hoy venerais con tanto júbilo y entusiasmo religioso, dejándonos poderosos ejemplos de paciencia, de sufrimiento, de humildad y de virtud; y aun desde la patria celestial en que mora nos enseña á amar á nuestros prójimos, á cumplir con nuestras respectivas obligaciones, y estar dispuestos y preparados para dar la vida por Jesus.

¡Ojalá que esta breve reseña de sus virtudes haya excitado en vuestros corazones deseos de imitarle, y que salgais de este santo templo dispuestos á perder ántes mil vidas que abandonar la religion de vuestros padres! Quiera el Dios de piedad y misericordia infundiros una resolucion firme de perecer ántes que veros sin el consuelo de vivir hajo la influencia vivificante de la fe de Jesucristo, ántes que mancillar vuestra profesion con el detestable borron de una vil apostasía? Resolveos pues á seguir los caminos de perfeccion evangélica que os señala san Sebastian, y muy pronto experimentaréis los efectos de aquella virtud con que en todos tiempos ha sabido hacer cesar las calamidades públicas, dando salud á los enfermos, alivio á los necesitados, socorro á los afligidos, fecundidad á los campos y ganados, y toda especie de bienes á los cuerpos y á las almas que al contemplar su preciosa vida y gloriosa muerte prurum-pen en cánticos de accion de gracias y dicen con el Salmista: « Alabad á Dios, pueblos de la tierra: servid al Señor con alegría: *Jubilare Deo omnis terra: servite Domino in lætitia.*

Y vos, santo prodigioso: haced que ninguno de este pueblo pueda decir que imploró vuestra clemencia y no la halló: que la hallen los especiales devotos que os consagran estos cultos solemnes: y pues consolaste en esta vida á tantos corazones afligidos y fuiste el firme apoyo de los cristianos, consuela los nuestros gravemente heridos con tantos males como por todas partes nos aquejan: sostened á los flacos y valientes en la fe, confortad á los que permanecen fieles y constantes en ella, y alcanzadnos á todos una resolucion firme é irrevocable de vivir y morir en esta misma fe; para que despues de haber vivido conforme á sus máximas, reglas y principios, recibamos en la muerte la recompensa que vos hallasteis en la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN SEBASTIAN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Maximus in salutem electorum Dei.

Máximo en salvar á los escogidos de Dios.

Eclesiástico, c. 46. v. 2.

¡Con qué confianza, cristianos míos, he subido este dia á ocupar la cátedra de la verdad! Si atiendo á mis oyentes, hallo que por muchos años han conservado inviolable el depósito de la fe, y el celo de sus mayores por la iglesia y religion católica. Si considero el augusto personaje, objeto de vuestra veneracion y culto, hallo uno de aquellos gloriosos héroes del cristianismo, que abandonando con pecho apostólico su patria, su carne y sangre, sus empleos y magistraturas, lleno del Espíritu de Dios, testificó con su vida la divinidad de Jesucristo; un héroe comparable por su celo con los Elías y Finees; por su constancia con los Ignacios, Policarpos, Justinos é Ireneos; por sus trabajos á favor de la iglesia con los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos: hablo del apóstol y padre espiritual de los santos mártires Marco, Marceliano, Cromacio, Claudio, Cástor, Victorino, Castulo, Sinfiriano, Tranquilino y Tiburcio, con otra infinidad de preciosas víctimas de la religion: hablo, para decirlo de una vez, del glorioso mártir san Sebastian, patrono de esta ilustre villa, defensor de la iglesia de Roma y abogado universal de la salud de los pueblos.

No extrañeis pues le aplique por elogio las palabras con que el Espíritu santo formó en otro tiempo el de Josué, capitan del

pueblo de Dios, llamándole *máximo para la salud de los escogidos del Señor*; porque también san Sebastian, capitán de las guardias pretorianas del imperio romano en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fué destinado para el mismo ministerio, confiéndole Jesucristo por boca de su vicario en la tierra el título de defensor de la iglesia; ilustre carácter que es fácil de demostrar por un breve sumario de su vida, que forma por sí mismo su mayor elogio, y que va á ser blanco de vuestras atenciones y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir auxilios, postrándoos con rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor sacramentado, principio, fuente y origen de todo bien. Pongamos por intercesora á su clementísima madre, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Maximus in salutem, etc.

¡Qué notable diferencia, señores, entre las obras de Dios y las de los hombres! Concebidos en pecado, oscurecido nuestro entendimiento, llena la mente de tinieblas, indócil la voluntad, inclinados al vicio, rodeados, por no decir esclavos, de las pasiones más violentas, conocemos con imperfección, juzgamos con imperfección, pensamos con imperfección, y obramos con la misma; y si algo ha de haber bueno y perfecto en nuestras obras, ha de venir de arriba, según el oráculo del Espíritu santo. No así las obras de Dios; ellas son siempre perfectas, dirigidas á su gloria y al bien de nuestras almas. Como es la Sabiduría por esencia, no puede errar en sus proyectos; como es la Omnipotencia misma, nada hay que pueda resistir sus voluntades ni alterar sus adorables disposiciones. Así cuando se propuso sacar á su pueblo de la dura esclavitud de Egipto, suscitó un Moisés que celase su honra, y castigase con horribles plagas la obstinación de Faraón, hasta dejarle sepultado con todas sus tropas y sus carros entre las aguas del mar Rojo; y á un Josué que exterminase con su invencible espada al amorreo, al jebuseo, al fereceo, al geteo, dándole dominio sobre el sol, hasta colocar su pueblo en la tierra de promisión. Cuando determinó castigar á los falsos profetas de Baal, y contener el furor de los reyes impíos, suscitó un Elías, este hombre de Dios, celador infatigable de su honra. Para hacer frente á la impiedad de los

arrianos, que desolaban por todas partes la herencia de Jesucristo, suscitó un Atanasio, armándole de prudencia, de sabiduría y de invencible constancia, para que triunfase de sus ardidés, y sostuviese con vigor la causa de su Dios. Finalmente, para no cansar con muchos ejemplos vuestra atención, siempre que el comun enemigo ha suscitado tempestad contra la iglesia, Dios, que vela sobre su conservación hasta la consumación de los siglos, la ha proveído de gloriosos defensores que trabajen por la salud de sus escogidos.

Bajo este plan de providencia suscitó en medio del siglo III al ilustre Sebastian, uno de los más célebres mártires de la fe de Jesucristo, y protector de otros muchos. Narbona vió este sol en su oriente, y Roma le admiró en su ocaso. Educáronle sus padres en el temor de Dios, é instruyéronle en la religión, aplicado al culto, obediente á sus leyes, dócil á sus inspiraciones, sumiso á los mayores, y lleno de respeto al santuario: admirables disposiciones que hicieron á Sebastian veraz en sus palabras, juicioso en sus ratiocinios, sabio en sus consejos, fiel en todas sus obras, constante en sus resoluciones, afable, humano y lleno de benevolencia para con todo el mundo. Virtudes á propósito para ocultar en la corte un cristiano interior bajo la idea sencilla de hombre de bien.

Aunque miraba con aversión la carrera militar, para poder no obstante asistir con más facilidad á los confesores y mártires de la fe, pasó á Roma y se alistó en el ejército del emperador Carino. Concilióse bien presto el respeto de los soldados, la benevolencia de los grandes, la estimación de los pueblos y el amor de los príncipes. Carino y Numeriano le dieron toda su confianza como á uno de los más hábiles cortesanos, y Diocleciano después le confirió el honroso empleo de capitán de una de las compañías de las guardias pretorianas.

La sabia economía del Señor, que colocó en la corte de grandes monarcas á José el antiguo, á Mardoqueo, á Daniel, á Esdras, para la salud y libertad de sus escogidos; esta misma llevó á la corte de Diocleciano á Sebastian, para que fuese como un muro inexpugnable en defensa de su iglesia. Su prudencia le enseñó á ocultar un verdadero apóstol bajo el hábito de soldado; no porque se avergonzase del Evangelio de Jesucristo, como muchos cristianos de nuestro siglo, ni por miedo que tuviese de dar con su sangre público testimonio de la divinidad del Salva-

dor; sino porque esperaba á declararse en tiempo mas á propósito, para que fuese mas ilustre su martirio.

Cuando Diocleciano fué al oriente, dejó por su colega á Maximiano en occidente, y Cromacio se retiró de Roma á la campaña con licencia del emperador, llevando consigo una innumerable muchedumbre de gentes, convertidas en la mayor parte por Sebastian. Fué en esta ocasion la célebre disputa de nuestro santo con el presbítero Policarpo, sobre cuál de los dos acompañaria á los que se iban, y cuál quedaria en Roma para animar y asistir á los mártires; disputa originada del celo de Dios, que san Agustin deseaba ver repetida en su tiempo entre los ministros del santuario, y que llevada por apelacion al tribunal del santo pontífice Cayo, se decidió á favor de Sebastian, mandándole permanecer en Roma por defensor de la iglesia. En este altísimo ministerio se ocultó por algun tiempo, empleado en convertir almas á su Criador, enseñando á los rudos, dirigiendo á los perfectos, confirmando á los flacos, socorriendo al pobre, á la viuda, al huérfano, hecho en fin todo para todos como otro Pablo.

¡Qué gloriosos, ¡ó mi Dios! eran los pasos de este evangelista de la paz de Jesucristo y de sus bienes eternos! ¡Qué de preciosos frutos no dió á vuestro santuario! Mas era venido el tiempo en que Sebastian manifestase su ardiente celo por la religion, y la diese ilustre testimonio con su sangre. A esto dió ocasion el martirio de los dos hermanos Marco y Marceliano, jóvenes de calidad, convertidos á la fe desde su infancia. Habian ya confesado á Jesucristo generosamente en los tormentos; pero los peligrosos enlaces de la carne y de la sangre, las lágrimas é importunos ruegos de sus padres, las instancias de sus amigos les hacian al parecer titubear en la fe y apostatar de la religion. Sabido este peligro por Sebastian, que les habia asistido en su prision, animándoles con sus exhortaciones, los fortaleció de nuevo en tan inminente riesgo. Dió el Señor tal energía á sus palabras, que no solamente los confirmó en la fe, sino que consiguió la conversion de sus padres, del juez de la causa, de los oficiales subalternos, y de todos los presos. Conquista verdaderamente gloriosa, obra del brazo del Excelso, que con adorable misericordia se dignó derramar sus bendiciones de dulzura, de suavidad y fortaleza sobre los labios de Sebastian, defensor de su iglesia.

Pero una victoria de la religion tan ilustre no pudo, dice un sabio, estar oculta mucho tiempo; ni Sebastian, capitan y conductor de este pueblo de Dios, pudo dejar de incurrir en la indignacion y furor de un príncipe enemigo declarado del nombre de Jesucristo. Bien presto fueron denunciados como por otro Júdas, por un falso hermano llamado Torcuato. Bien presto todos estos ilustres personajes, que profesaban la religion y ejercian los actos de piedad dentro del mismo palacio, fueron condenados en odio de la fe á los tormentos mas crueles é inhumanos. Bien presto el emperador Diocleciano mandó llamar á Sebastian á su presencia, y con rostro severo y turbulento le reprende de haber correspondido tan mal al afecto y confianza que siempre le habia profesado, declarándose contra los dioses y emperadores con tanta ingratitud, defendiendo á Jesucristo y á sus discípulos, é introduciendo en su palacio una secta de religion tan perniciosa.

Mas nuestro adorable Salvador, que se dignó anunciarnos que cuando fuésemos acusados y presentados por su causa delante de los reyes y príncipes no temiesemos, porque el espíritu de Dios hablaria por nosotros, infundió tal fortaleza en el corazon de Sebastian, que sin titubear le respondió estas notables palabras, que copio de un autor de su vida:

« Léjos, ó príncipe, le dice, de haber faltado á tu afecto y confianza; léjos de haber incurrido en la nota fea de ingrato á tus beneficios; léjos de haberme declarado contra tu majestad en el culto que doy á Jesucristo, he creído no poderos dar prueba mas sincera de mi fidelidad, que pedir diariamente y con instancia por la conservacion de tu vida y de tu imperio, no á unos dioses quiméricos, obra de las manos de los hombres, sino al solo Dios verdadero y omnipotente, á quien siempre he adorado; porque creo firmemente ser una cosa bien inútil y bien extravagante esperar auxilio de las piedras, cuando todo bien y don perfecto debe descender del Padre de las luces. Desengañaos, príncipe, que yo no haré traicion á Dios por obedecer á los hombres. »

Palabras dignas del celo de Sebastian, y capaces de conmovér á Diocleciano, si su corazon no estuviese tan endurecido como el de Faraon. Así léjos de calmar su ánimo, solo sirvieron de irritarle mas; de suerte que sin otra forma de proceso,

mandó le sacasen al campo, le atasen á un palo, y cubriesen de saetas.

!Qué sería ver la complacencia con que recibió nuestro héroe una sentencia tan injusta! Yo, señores, me represento á Sebastian que á imitación de los apóstoles caminaba al suplicio lleno de gozo por haber sido hallado digno de padecer oprobios por el nombre de Jesucristo; le admiro recibiendo con singular dulzura estas saetas, como el protomártir de la iglesia las piedras, y mirándolas como un efecto del amor divino que incendiaba su alma. Me parece en fin que le oigo en esta ocasion gloriarse de que empezaba entónces á ser discípulo de Jesucristo, como se lisonjeaba en otro tiempo aquel glorioso mártir de la primitiva iglesia san Ignacio, cuando le conducian á Roma cargado de prisiones, para ser devorado por las bestias.

Ejecútase con el mayor rigor la sentencia; su cuerpo todo es cubierto de agudas y penetrantes saetas hasta dejarle por muerto. Pero aún te reserva Dios, ¡ó invencible defensor de la fe! para mayores triunfos por la iglesia. Tus heridas no son mortales: Irene, viuda del mártir Claudio, tu discípulo, te desatará, curará tus llagas, y volverás bien presto á tu antigua robustez. Así en efecto sucedió.

¡Qué suceso tan alegre para la iglesia de Roma ver sano á su defensor! La viuda, dice un célebre orador, el pobre, el huérfano lloran de gozo, viendo á su tutor, su padre y bienhechor. Los flacos y débiles en la fe se confirman con la presencia de su apóstol, los perfectos se llenan de alegría á vista de su maestro, los desterrados se consuelan con la feliz nueva de su protector: todos los fieles se regocijan y cantan al Señor dulces himnos en acción de gracias por el hallazgo de un gran tesoro. Todos quisieran que jamas les faltase un tal caudillo. Le ruegan con instancia se oculte del furor de Diocleciano.

Mas era llegado el tiempo en que Sebastian debía consumir su gloriosa carrera: busca cual ciervo herido las fuentes de las aguas; habiendo ya gustado en parte las delicias del cáliz del Salvador, arde en el deseo de ser anatematizado por Cristo y por sus hermanos, como otro Paulo, y mira como su mayor gloria testificar la divinidad de Jesucristo con su sangre. Víctima preparada del cielo, lograrás tus designios; la impiedad de Diocleciano añadirá nuevos laureles á tu frente.

En efecto, salióle Sebastian al encuentro en una escalera de palacio, y acercándose á él, le echó en rostro sus injustas crueldades. ¡Qué sería ver á este nuevo Elías á presencia de aquel otro Acab, perseguidor de los ungidos y escogidos del Señor! Con una constancia verdaderamente apostólica le representa su locura en perseguir á los cristianos, y su gran facilidad en dar oídos á las imposturas de los sacerdotes de los ídolos, cuyo empeño era desacreditar á los cristianos como reos de estado; como si fuesen delitos de lesa-majestad dar culto al verdadero Dios, orar diariamente por su felicidad y la del imperio, y guardarle inviolable fidelidad.

Sorprendió á Diocleciano la libertad de Sebastian, á quien creía ya muerto, y sin mas deliberar mandó quitarle la vida á palos, y que arrojasen el cadáver á la gran cloaca ó albañal de Roma, para privar por este medio á los cristianos hasta de las reliquias de su defensor. Ejecutóse al punto la sentencia, que segun la cronología mas exacta fué en 20 de enero del año 288 de la encarnacion del Verbo eterno. Pero, ¿quién es el hombre contra los consejos del Excelso? ¿Cómo podian impedir los paganos los adorables rasgos de la Providencia sobre el honor de este glorioso mártir, que tanto habia trabajado por la salud de los escogidos? Una piadosa matrona llamada Lucina fué avisada por él mismo en sueños del lugar donde estaba arrojado su cuerpo, y habiéndole removido de allí, le enterró en las catacumbas, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo, donde los fieles iban á orar secretamente, hasta que venida la paz de la iglesia en tiempo de Constantino, vino á ser público y universal su culto. En Roma era ya solemne en medio del siglo IV de la iglesia. Bien presto pasó de Italia á las Galias, á España, al África, y aun al Asia. San Dámaso á fines del siglo IV ó á principios del V edificó sobre sus reliquias una iglesia, que hoy se numera entre las siete antiguas estacionarias de Roma.

Ni tardó Dios en manifestar al mundo cristiano cuánto le agradaba la memoria de este protector universal de la salud de sus pueblos. Roma, dice un sabio, que le habia perseguido y quitado la vida con inhumanidad, fué la primera que experimentó los maravillosos efectos de su proteccion contra el azote de una peste violenta que la destruía por los años de 680 en tiempo del papa Agaton. De aquí la gran confianza de los pueblos de la cristiandad en la intercesion de san Sebastian contra

la peste. Pavía, Milan y Capua imitaron el ejemplo de la capital del mundo cristiano, cuando se vieron asaltadas de semejante aflicción. Milan y Lisboa en el siglo XVI, para omitir por ahora otras muchas ciudades de Alemania, Francia y España, experimentaron los maravillosos efectos de su intercesión cuando las devoraba una cruel pestilencia.

Así premia Dios el celo infatigable de su siervo fiel y prudente Sebastian; así remunera sus trabajos apostólicos por la iglesia, y su heroica constancia en vindicar sus derechos, en promover su gloria, sostener su causa, y extender su culto y su piedad; así manifiesta en fin á las generaciones futuras, que le habia desde luego destinado para defensor de su iglesia y máximo protector de la salud de sus escogidos: *maximus in salutem electorum Dei.*

Atended pues, os ruego, á la cantera de donde habeis sido cortados: si os gloriais de hijos de Abrahan, sean de Abrahan vuestras obras; quiero decir, si os lisonjeais del patronato de san Sebastian, y de ser descendientes de aquellos cristianos generosos que defendieron la causa de Dios y de su patria, imitad su constancia, su celo, su piedad, para no vivir y morir cubiertos de ignominia.

La obligacion de mi ministerio, y el ardiente deseo de vuestra salud eterna me estimulan vivamente á lamentar vuestra indolencia, y la falsa seguridad en que vivís mientras Dios os reprueba. ¿Cómo no lloraré con desconsuelo al ver en este pueblo, tan recomendable por su piedad en otro tiempo, extendidos á manera de torrentes los vicios mas vergonzosos y enormes, por falta de un celo cristiano? Sí, señores, falta de celo juzgo, que domine la desenvoltura, que reine la licencia, que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, sin haber quien los corrija.

Y si no decidme, ¿dónde están los que hacen frente al vicio? ¿dónde los que celan la causa de Dios? ¿Dónde están entre vosotros los Moises, los Elías, los Finées, los Sebastianes? Ah! en medio del diluvio de pecados que inundan esta villa, apenas se halla un Noé que se dedique á construir asilo: en medio de tantos temerarios que osan blasfemar del santo nombre de Dios, apenas se halla un Moises que los castigue: en medio de tantos hijos desobedientes que ofenden á sus padres y á Dios con insolencia, apenas se halla un Job que ofrezca sacrificios

por ellos: en medio de tanta lascivia, que hace arder al pueblo, no ménos que la infame Sodoma, en el fuego de la lujuria, este vicio detestable, que deberia ser desconocido entre cristianos, apenas se halla un Lot que predique penitencia, un Finées que castigue las insolencias de la juventud, un Elías que cele la causa de Dios, un Sebastian que vindique su gloria y sirva de escudo al santuario.

En tan deplorables circunstancias echad, ¡ó ilustre patrono! una mirada favorable sobre esta villa que os ha encomendado el Altísimo. Alcazad del tesoro de sus misericordias gracias abundantes y eficaces para que conozcan lo torcido de sus sendas, para que se conviertan á verdadera penitencia, para que amen en fin á su divino Criador. Su escudo sois, su protector, y jefe de su salud: no permitais, ó mártir gloriosísimo, se pierda en ninguno de nosotros el precioso é inestimable fruto de la sangre de Jesucristo; no olvideis jamas la generosa liberalidad con que vuestros devotos promueven vuestros cultos; alcazadles recompensas eternas, para que os acompañen en la bienaventuranza, alabando y gozando de Dios por los siglos de los siglos. Amen.